

ANTONIO S. BOSCAN

**EL SIGNIFICADO DE LO TEOLOGICO
EN WALTER BENJAMIN**

INTRODUCCION

Creemos que debido a un desconocimiento casi total del asunto judío, por parte de nosotros los definidos como "occidentales-cristianos", vivimos cometiendo la falta, a la hora de analizar a un pensador como Walter Benjamin, de ignorar la importante influencia que la herencia judía ejerció sobre éste. Parece tratarse de que justamente por no saber lo que el judaísmo significa, tenemos una base muy pobre para darnos cuenta y poder hablar, de alguna manera, sobre la importancia de la influencia que esa doctrina religiosa ha podido ejercer en un autor que hemos tendido a analizar con presupuestos muy esquemáticos.

Nosotros, occidentales y desconocedores también de la cuestión judía, hemos sentido, como intelectuales, una fascinación por el pensamiento de Benjamin, y la valorización que hoy estamos haciendo de su pensamiento viene motivada por la admiración que guardamos hacia la forma como este autor concibe teológicamente la filosofía. El modo de pensar teológico es una cuestión burdamente denegada por nuestra cultura racionalista y anti-judía en muchos aspectos. Esto también nos ha impedido no sólo valorar y comprender a pensadores como Benjamin, sino que, cosa muy lamentable, nos ha desviado además del camino ya desarrollado por autores como éste que han respetado y defendido un cierto carácter metafísico incuestionable de la filosofía.

Benjamin ha venido a envolvernos en una apasionada reflexión sobre el encuentro en la teología de aspectos verdaderamente innovadores de nuestro modo de pensar. La defensa de la Teología puede ser una de las cuestiones más importantes que este pensador ha dejado a la filosofía occidental, desarrollada básicamente bajo unos principios extremadamente racionalistas y antihumanos.

En este breve trabajo analizaremos lo que nos hemos propuesto llamar la cuestión teológica en Walter Benjamin. Primero, vamos a hablar sobre

algunas de las principales relaciones que encontramos entre las ideas de Benjamin y la filosofía judía, las cuales ponen de manifiesto una influencia objetiva y un modo de seguir fundando lo teológico, con principios más amplios. En segundo lugar y a manera de conclusión, llegaremos a plantear las razones del por qué lo teológico, como principio “científico-metodológico”, constituye dentro del campo de la filosofía uno de los aportes más importantes para la libertad de pensamiento.

Estas mismas cosas, al igual que a Walter Benjamin, pueden servirnos para desarrollar una nueva y muy original crítica del presente, pero, sobre todo, una distinta e interesante búsqueda de la verdad.

Cuando Walter Benjamin en su crítica de la historiografía materialista, dice que ésta debe tener un fundamento cuyo principio sea “constructivo”, se refería a la idea de construcción en un sentido de “detención” e instauración de un tiempo nuevo. Esta “detención” Benjamin la define como detención “mesiánica” del acaecer, dando a entender por ello un acto verdaderamente revolucionario, el cual hace saltar el curso de la historia.

La revolución ha de implicar un acto “redentor” y también vencedor del “anticristo” que se opone a la construcción de una nueva vida sin opresores ni oprimidos.

En estas imágenes encontramos una especial influencia judía en el pensamiento de Walter Benjamin, la cual tiende a repetirse en muchos de sus escritos. Dicha influencia no vamos por ahora a tratar de demostrarla, la misma se hace evidente de un modo particular. En principio, hemos hecho mención de ella para aclarar que no parece haber realmente una identificación de Benjamin con la teología judía toda. De hecho Benjamin nunca buscó autodefinirse como judío. La siguiente cita bastará para confirmar la objetividad con que este pensador se relacionaba con el judaísmo.

“Se sabe que a los judíos les estaba prohibido investigar el futuro. En cambio, la Thora y la plegaria los instruían en cuanto a la memoria. Esto los liberaba de la fascinación del futuro, a la que sucumben aquellos que buscan información en los adivinos. A pesar de esto, el futuro no se convirtió para los judíos en un tiempo homogéneo y vacío. Porque en dicho futuro cada segundo era la pequeña puerta por la que podía entrar el Mesías”⁽¹⁾.

Este hablar de los judíos y no de “su” judaísmo, revela una posición objetiva que consideramos es de signo teológico, y que rebasa la pura influencia religiosa para convertirse en un modo de proceder filosófico en un autor como Walter Benjamin, crecido en un mundo no del todo judío.

(1) Benjamin, Walter. “Tesis de Filosofía de la Historia”, pág. 52. **Ensayos Escogidos**. Edit. SUR. 1967.

Con esto queremos indicar, desde el principio, que el modo de pensar de Benjamin, obedecía evidentemente a la influencia de una doctrina teológica, pero que esta misma doctrina, desde una perspectiva particular, iba a conducir a este pensador a tomar toda otra doctrina como un medio más para tratar de llegar hasta la verdad.

No cabe duda de que a través del judaísmo, Benjamin sintió la necesidad de la búsqueda de una verdad que las escrituras bíblicas llegaron a imponerle, por primera vez, a la mente del hombre occidental. Esa verdad habla del deseo, que une el presente con el pasado, de un paraíso terrenal en el que el ser humano vino al mundo y que después se perdió para dejar a éste con la ansiedad de volver a conseguirlo en el tiempo. La verdad primera, que no sólo un judío sino cualquier individuo occidental puede sentir por medio de la religión que nos es impuesta desde pequeños, es esa enorme pérdida de un estado natural que actualmente no existe, que no podremos volver a encontrar igual al de ayer y que será necesario por siempre alcanzarlo de una manera nueva.

En este breve ensayo, trataremos de definir mejor todo esto y de definir al mismo tiempo el modo de pensar de Walter Benjamin, con lo cual esperamos llamar la atención sobre un asunto olvidado y hasta desestimado por los filósofos modernos.

Este hablar de los judíos y no de "su" judaísmo evidencia una clara simpatía de Benjamin por ciertos principios filosóficos de esa doctrina que al parecer siempre le parecieron irrefutables y especialmente fundados en una filosofía auténtica. A nuestro entender, esta simpatía sirvió para guiar en mucho su propio pensamiento teológico ya que el aspecto político que el judaísmo siempre ha parecido comportar, no fue lo que realmente llegó a importarle mucho.

Esta simpática herencia que nuestro autor guardó del judaísmo podríamos atrevernos a decir que constituye un fuerte fundamento dentro de su pensamiento, y no por menos, el que le ayudó desde muy temprano a contrarrestar las ideas falsas por tantas filosofías artificiales de su tiempo impuestas.

En efecto, una de las ideas básicas del judaísmo, la llegada del Mesías, se corresponde en mucho con una necesidad metafísica del hombre moderno que espera la institución de una sociedad auténticamente humana en la cual toda maldad quede de una vez excluida, y la vida pase entonces a no ser regida por falsos profetas. A Walter Benjamin el judaísmo iba a servirle, por lo tanto, como un fundamento filosófico que se constituiría en la más importante herencia que un autor de su condición pudo recibir para guardar siempre una autonomía crítica dentro de un mundo occidental anti-teológico, firme creyente de la idea de progreso lineal de la historia.

El resguardo de su herencia judía, pareció estar afirmado en la defensa

esencial que Benjamin hace de la teología.

“Un equivalente de tal mecanismo puede imaginarse en la filosofía. Debe vencer siempre el muñeco llamado “Materialismo histórico”. Puede competir sin más con cualquiera cuando pone a su servicio a la teología, la cual hoy, como resulta notorio, es pequeña y desagradable y no debe dejarse ver por nadie”⁽¹⁾.

La teología, tal como dice Gutiérrez Girardot en su artículo “Walter Benjamin y sus afinidades electivas”, sirvió a Benjamin para defenderse de la desorientación ideológica de una época de transición crítica como lo fue aquélla, en la cual la reacción y el rechazo de la Modernidad se daban la mano con la apasionada esperanza de una Utopía que negaba el presente también y que no aspiraba a retener la rueda de la historia, como los reaccionarios, sino a realizar el paraíso terrenal o, como decía Benjamin en una seductora fórmula, pensada más teológica que políticamente, a dinamitar la continuidad de la historia.

Si Benjamin estimaba que la teología era hoy considerada “pequeña y desagradable”, lo hacía porque reconocía el desprecio que el hombre de su tiempo sentía por todo aquello que contradijera la noción de progreso, fundada en dogmas antiteológicos. Pero la concepción de progreso, tal como el mismo Benjamin lo sostenía, no quiere ver más que los progresos del dominio sobre la naturaleza y se desentiende de los retrocesos de la sociedad. En tal sentido, el racionalismo presente en esa idea, desatiende una dimensión metafísica del hombre mucho más real y le resta al mismo la vivencia de una verdadera experiencia.

El progreso, sostiene Benjamin, se basa en un empobrecimiento de la experiencia humana y de su visión teológica. Con el mecanicismo el trabajo vuelve impermeable la experiencia, y al individuo un autómatas cuyo trabajo se desarrolla bajo un comportamiento reactivo, el cual no le da memoria. El marxismo vulgar también cae dentro de esa concepción progresista al creer que el desarrollo capitalista terminará en socialismo.

En contra de la idea de progreso, Benjamin propone una irrupción en la historia a través de un acto mesiánico, que es también teológico, y que vendrá dada por el materialismo histórico. Este dará vida al espíritu autómatas con la rememoración, que está fundada en la experiencia de la tradición, en la experiencia previa pre-capitalista (la del cuento y la imaginación), y pone al hombre en complicidad con la naturaleza. En esta rememoración de un pasado colectivo mejor, hacemos una verdadera experiencia que nos conduce a concebir la historia de manera teológica porque se refiere a la experiencia de un mundo perdido, de una sociedad matriarcal sin clases

(1) BENJAMIN, Walter. “Tesis de Filosofía de la Historia”. Ob. cit. pág. 43.

cuyos rasgos aún guardamos en la conciencia colectiva y que nos puede dar la fuerza espiritual para luchar por el establecimiento de una sociedad mejor, surgida también con ayuda de nuestros conocimientos actuales.

Con la teología Benjamin pretendía dar una respuesta o solución al presente, interrumpir el curso del mundo y de la historia, y esto sólo es posible a través de la revolución proletaria. Esta es la única capaz de instaurar la experiencia perdida y de liberar de ese modo a los individuos de su condición de autómatas. La revolución implica, por lo tanto, una restitución total, mesiánica y redentora que hará que el trabajo se convierta en algo apasionado, en un juego, en el cual no habría, como decía Fourier, distinción entre actividad y sueño. Un trabajo que no explota la naturaleza, sino que establece un contacto distinto con ella.

Otro aspecto teológico importante en el pensamiento de Benjamin, suponemos que también lo es su moverse en un terreno limítrofe entre ciencia y literatura. Benjamin trató de encontrar en la literatura alemana de la época clásica, el sentido auténtico de la tradición, a través del materialismo histórico.

“En vez de veneración, sacralización y glorificación heroica de la tradición que la deslinda del presente, Benjamin postula el enfrentamiento decidido al presente para dar actualidad a la tradición”⁽¹⁾.

Se trataba de un intento antiburgués que ponía a prueba la tradición desde el presente. La burguesía mata la memoria de los hombres al presentarles solamente el desarrollo de su pasado en vista de un futuro que preserve su próspero presente. El autor, lo mismo que el bibliófilo, debe ayudar a recordar, a reactualizar las “horas vividas”. La tradición se le hace presente a través de los libros y en ellos encuentra una relación entre tradición y presente. El materialismo histórico permite al autor revivir lo comprendido y en esto darle verdadera vida a la tradición. Si obtiene un conocimiento de lo conocido termina por revelar la verdad del presente escondida en el pasado, la falsedad de esta sociedad que rompió históricamente con cierto orden natural.

Pero esta verdad se ha perdido lo mismo que la tradición y al no haber ésta no hay transmisión de la verdad ni de sabiduría. Recuperar de esta forma el pasado, es obtener también las fuerzas necesarias de él para poder transformar el presente donde reina la desigualdad y el conformismo.

Esta recuperación del pasado auténtico, de la tradición, se relaciona con la filosofía judía en el sentido de que el profetismo que orienta al pueblo judío lo hace recordar siempre un ideal que tenía sus raíces en los principios

(1) GUTIERREZ G., Rafael. “Walter Benjamin y sus afinidades electivas” Revista “Quimera”, 1981, pág. 26.

de la historia y que fue anhelado en la época de la restauración del pueblo hebreo (-538 a -333) y en la época helénica (-333 a -63). Este ideal, que era transmitido y revelado a través de la lectura de la Thorá, es su experiencia religiosa, que se basa en la creencia de un solo Dios, creador y providente, que a través del Mesías prometido, debió redimir y salvar al pueblo judío con el establecimiento del Reino de Dios, o sea, con el triunfo de Israel.

Otro aspecto muy importante de la base filosófica judía dentro del pensamiento de Walter Benjamin, lo constituye sin duda alguna su preferencia del elemento divino como factor destructivo y purificador que él llega a desarrollar como tesis negativa, de un modo que consideramos filosóficamente valedero, en una crítica original que en sus escritos sobre la violencia le sirvió perfectamente para cuestionar lo que él consideró violencia mítica, fundadora de un estado de derecho represivo que ha regido históricamente y el cual tiene a la violencia como medio.

Benjamin, experimenta un rechazo hacia lo mítico y lo estrictamente racional. A eso prefiere lo teológico, lo divino.

“...en todos los campos Dios se opone al mito...”⁽¹⁾.

Porque lo que Dios persigue es la justicia, en cambio, en el mito prevalece siempre el poder, el cual es garantizado por una violencia creadora de derecho.

En el mito encontramos siempre expuesta una violencia que garantiza un estado de derecho, es decir, un estado de poder defendido por la violencia. La violencia mítica llega a ser violencia sangrienta y creadora de más violencia. Benjamin también señala que con ello se impone un estado de injusticia y de desigualdad, opuesto al estado que la violencia divina de Dios puede llegar a instaurar.

En la violencia mítica fundadora de derecho Benjamin encuentra fuerzas hostiles reprimidas que presentan un carácter violento o destructivo distinto, cuyo fin no es crear derecho ni más violencia. Se trata de lo que él denomina fuerzas destituidoras del derecho y de las fuerzas en las cuales éste se apoya. Se trata realmente de una violencia allende el derecho y que no es fácilmente evidente a los hombres.

Así como en la cólera encontramos la manifestación de una violencia que no resulta un medio para alcanzar un fin preestablecido, así mismo en la mitología podemos encontrar también manifestaciones semejantes. En la leyenda de Niobe, por ejemplo, encontramos expuesta una violencia que instituye un derecho que no castiga por la infracción de un derecho existente. Niobe, por su orgullo, es castigada por el destino y no por el derecho; y el “derecho” que aplica el destino, es distinto. Es decir, lo mismo que encontra-

(1) BENJAMIN, Walter. “Para la crítica de la violencia”. **Ensayos escogidos**. Ed. SUR. Pág. 126.

mos en el mito de Prometeo, es la manifestación de un derecho distinto, que no es el mismo derecho escrito de los hombres.

La manifestación de este nuevo "derecho", a través de la "violencia inmediata", reviste un carácter pernicioso en su función histórica, y por ello se trata de "destruir" el curso de la violencia mítica. La "violencia divina" destruye el derecho que se funda en la violencia mítica y sus límites, además no culpa ni es sangrienta. Esta violencia divina se parece a los juicios que ha establecido Dios sobre los hombres, basados en una destrucción purificante. Pero esta violencia divina no sólo encuentra testimonios en la tradición religiosa, sino también en la vida actual. Se trataría de aquella "violencia educativa", que cayendo fuera del derecho, se define por su carácter no sanguinario, fulminante, purificador de la ejecución. En suma, por la ausencia de toda creación de derecho.

Esta "violencia inmediata" de la que habla Benjamin, es "violencia creadora" ya que puede tratarse del acumulamiento de fuerzas, de esas oprimidas que llegarán a romper con la violencia fundadora de derecho y crearán un nuevo derecho destinado a una "decadencia". Esta decadencia habrá de significar en algún momento la interrupción del ciclo que se desarrolla en el campo de las formas míticas del derecho, y de las fuerzas en que éste se apoya. Servirá, por lo tanto, para la institución de una nueva época histórica. La misma puede considerarse como "violencia revolucionaria", que es la suprema manifestación de pura violencia por parte del hombre. Esta pura violencia puede aparecer en la verdadera guerra o en el juicio divino de la multitud sobre el delincuente, pero nunca llegar a ser fácilmente reconocida.

Como último punto y a manera de conclusión, quisimos dejar el asunto del por qué la teología sirvió a Benjamin para mantener una autonomía crítica original y valiosa. La cuestión debemos resolverla respondiendo a la pregunta qué es la teología, y la importancia que Benjamin encontró en ella para mantener su posición filosófica. La resolución de este asunto servirá para afirmar los puntos anteriores.

La importancia que dio Benjamin a la teología, le sirvió no sólo para tratar de superar el concepto de ciencia de fines del siglo XIX, sino también como una "actitud científica", que marcó mucho su particular modo de investigación.

Como individuo muy cercano al judaísmo, Benjamin debió percibir una importancia mucho más amplia de la teología, ya que muy posiblemente comprendió que la misma no significa únicamente el estudio de Dios y de las cosas divinas, sino que también lleva implícita la idea de "un conocimiento científico". Recordemos que Aristóteles denominó teología a su "ciencia primera", o sea la Metafísica, a la que entendía, al mismo tiempo, como ciencia de la sustancia eterna, inmóvil y separada, o sea de Dios.

Pero el objeto de la teología como conocimiento científico es la verdad, y nadie mejor que Benjamin pareció entender que la misma siempre está basada en la ambigüedad. Es decir, que la verdad no puede ser el ultimatum de un materialista o de un científico cualquiera, porque aquella nunca llega a tomar partido. Es por eso que el teólogo, el verdadero científico, debe huir de todo racionalismo, y de toda posición cerrada y definitiva. Walter Benjamin obedeció siempre a esa “exigencia de objetividad científica” basada en la ambigüedad, que lo salvó de las distintas doctrinas y políticas definitivistas y antiteológicas de su tiempo.

La teología representa realmente un estudio de lo divino a la luz de la Revelación, que ha de aplicar diversos métodos y obtener variados objetivos, según las diversas visiones que se tengan del dato revelado. Como no hay una sola manera de acceder al conocimiento de Dios, esto hace de la Teología no sólo aplicadora sino también creadora de métodos variados. Es por ello que, de la misma forma que sostenía Occam, la teología no debe ser considerada una ciencia en el sentido actual, sino un simple conjunto de conocimientos diferentes, teóricos y prácticos, cuya finalidad es encaminar al hombre hacia la salvación. La cuestión es, en definitiva, que la ciencia teológica no llega a constituirse en un sistema porque la verdad se resiste a ser proyectada en el reino del conocimiento y, por lo tanto, a ponerse de manifiesto de una forma racional y sistemática plenamente.

Benjamin, en su intento de superación del concepto de ciencia de fines del siglo XIX, pareció encontrar en la teología y sobre todo en un retorno al idealismo alemán, un concepto de ciencia más auténtico. La ideología burguesa, así como la marxista, debieron parecerle a Benjamin un sistema cerrado de pensamiento. Ninguna de ellas pudo satisfacer ese deseo desbordado de un pensador como él que podía ver una verdad más grande. Con la teología pudo llegar a mantener su libre pensamiento, su autonomía crítica contra la época que vivió y su proceso nivelador, pero sobre todo contra la idea falsa de que todas las aspiraciones del hombre estarían realizadas en las soluciones dadas por la Modernidad.

Como amigo de la verdad, Benjamin osciló siempre en el plano de la ambigüedad porque pensó la vida del hombre a través de dimensiones radicales, midiéndola con los acontecimientos teológicos del paraíso y del juicio final, que equivalen a la Metafísica esperanzadora y a la Revolución. Sin poder llegar a tomar partido ni a ser parcial. Esto nos hace estar de acuerdo con Rafael Gutiérrez, cuando en su artículo “Walter Benjamin y sus afinidades electivas”, dice lo siguiente.

“Pero eso no era una huida a la famosa “torre de marfil” ni menos aún un modo de abstraerse al “compromiso”. Era un modo de afirmar la sustancia bíblica, judía de su pensamiento y de su

personalidad...”⁽¹⁾.

En efecto, como filósofo, teólogo o amante de la verdad, Benjamin sabía que la búsqueda de la misma estaba estrechamente ligada a una independencia de pensamiento que no lo debía conducir ni a la confusión ni a la irrealidad.

Esta posición es necesaria cuando la verdad surge precisamente de una filosofía metafísica indudablemente inconforme con las conquistas materiales presentes, la cual debe comenzar por destruir las interpretaciones definitivistas usuales y enseñar a ser al individuo de esta época no más un pensador cerrado a cualquier nueva posibilidad que nos siga revelando algo de la verdad ansiada. Y puede que ésta no llegue a ser nunca totalmente revelada.

Gracias a la teología, Benjamin mantuvo abiertas todas sus “posiciones”.

“Una posición corrige otra, y todas le eran necesarias”⁽²⁾.

No olvidemos, por otra parte, que paradójicamente el judío resultó ser históricamente el primer ateo; lo fue ante los ojos de los paganos antiguos. También podría considerársele el primer revolucionario y por ello ha sido cruelmente perseguido. Y fue que su propia religión lo llegó a convertir en un hereje ante las otras religiones, y tal vez hoy en día lo sea con mayor intensidad. Su teología vino a transformarlo, por lo tanto, en un ser errante, cuya libertad de pensamiento es mantenida por una metafísica esperanzadora antimodernista, opuesta a toda idea de realización materialista falsa que siempre ha venido a restarle libertad al hombre. Parece ser que el teólogo es quien mejor ha parecido trazar un camino filosófico más auténtico hacia la verdad.

(1) GUTIERREZ, Rafael. “Benjamin y sus afinidades electivas”. Revista “Quimera”. 1981, pág. 29.

(2) Sontag, Susan. “W.B. el último intelectual”. Revista “Vuelta”, 1979, pág. 11.

BIBLIOGRAFIA

GIRARDOT, Rafael. "Walter Benjamin y sus afinidades afectivas", en **Qui-mera**. Julio-Agosto. 1981.

SONTANG, Susan. "Walter Benjamin, el último intelectual", en **Vuelta**. Mayo, 1979.

BENJAMIN, Walter. **Ensayos Escogidos**. Ed. SUR. Buenos Aires. 1967.

BENJAMIN, Walter. "El autor como productor", en **La Bufanda del Sol**. Noviembre, Quito. 1972.